

# LA HUELGA DEL DÍA



Ayer me sorprendió ver en Barracas una serie de extraños pabellones formados por esteras y edredones sujetos con cordel á unas estacas. El raro campamento un rancho de gitanos parecía, y yo, al deber profesional atento, me propuse indagar lo que ocurría. Percibí una ruidosa gritería producida por gentes irritadas, agitaba un guasón unos cencerros, rugían las mujeres desgrefnadas y ladraban furiosos veinte perros. En fuerza de codazos y empujones llegué hasta uno de aquellos pabellones con lápiz y papel entre las manos.

—¡Ya hay aquí periodistas!

exclamaron aquellos ciudadanos.  
—¿Pero, ustedes qué son?

—Somos huelguistas.

—¿Huelguistas?—repetí, no sin recelo.  
¿Quiéren ustedes *manosearme* el pelo?

—No, señor—replicó un sujeto ñato mientras limpiaba con la blusa un plato. Esto es huelga formal y trascendente, pues estamos cansaos de ser pollinos y de pagar escrupulosamente por ser los inquilinos de un chiscón nauseabundo é indecente. Yo he vivido en Madriz, que fué mi cuna, y tengo acostumbrás ya las costillas á reposar de espaldas á la luna en cualquier terraplén de las Vistillas. Pues mire usted, señor, no es que pretenda tomarle á usted el cabello:

¡más cómodo mil veces es aquello que el conventillo aquí, vulgo vivienda!  
¿Concibe usted, señor, que á las personas se les dé menos casa que á las monas? Le puedo asegurar que no exagero. Yo habito hace dos años un tercero que está partido en gala en diez jaulones y hay en cada jaulón diez matrimonios con sus correspondientes producciones, que son próximamente cien demonios, cien chanchos revoltosos y llorones. Pa colocar las camas es preciso aprender un tratao de geometría, pues si doy una vuelta de improviso voy á caer á otra cama que no es mía.  
¡Y fígrese usted qué peloteras habrá cuando se pasa las fronteras!

Además, el guisado se hace junto á un lugar nada excusado, pues debido al atroz hacinamiento en que estamos allí los inquilinos vemos sin aprensión que están vecinos el principio y el fin del alimento. Suele ocurrir á veces el juntarse en aquellas estrecheces un cantante barato, que cuando da una nota espanta al gato, en tanto que otro genio de gran chispa con un roto violín los nervios crispera, y un músico alemán ó florentino que solamente con el arte goza, echa al suelo la loza con el fiero ciclón de un bombardino. La vida es imposible.

El casero, además, sér irascible, que es pa cobrar la mar de diligente, pone á nuestros lamentos faz terrible y si el *socio* revienta, que revienta. Pero eso se acabó; ya estamos hartos de estar como las chinches en los cuartos y de ir sacando pesos del bolsillo pa el alquiler del sucio conventillo.  
¡Se terminó la mielga!  
Nos hemos declarado tos en huelga y queremos vivir como personas y no como en el parque están las monas. Hable usted en el papel de este derecho. El pobre, por ser pobre no es un bicho.  
¡Abajo el cuarto estrecho y viva el hombre troglodita! He dicho.

V. SERRANO CLAVERO.